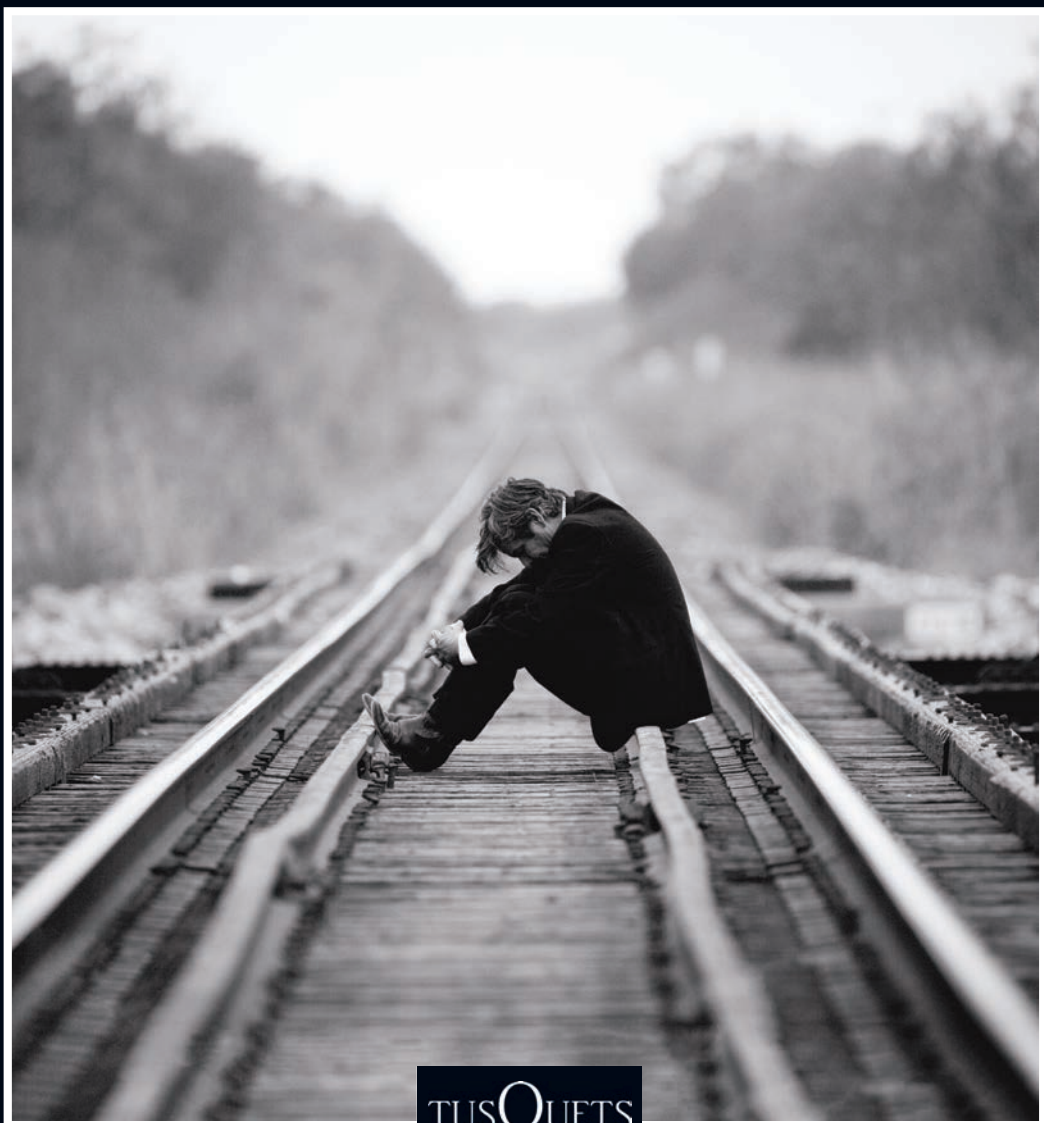


Luis Landero

# LA VIDA NEGOCIABLE

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

LUIS LANDERO  
LA VIDA NEGOCIABLE

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2017

© Luis Landero, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-371-4  
Depósito legal: B. 587-2017  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: CPI  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Primera parte . . . . .	9
Segunda parte . . . . .	171

Señores, amigos, cierren sus periódicos y sus revistas ilustradas, apaguen sus móviles, pónganse cómodos y escuchen con atención lo que voy a contarles. Cuando yo era adolescente, cuando apenas sabía nada del mundo de los mayores ni tenía clara conciencia del bien y del mal, e ignoraba por tanto de qué manera prodigiosa puede llegar uno a convertirse en un momento, quizá sin advertirlo, como en un cara o cruz, en un canalla o en un santo, un día mi madre me llevó con ella a un lugar secreto, y yo supe que era secreto porque eso fue lo primero que me dijo en cuanto llegamos allí.

Tú eres capaz de guardar un secreto, ¿no?

Por supuesto, dije yo.

¿Seguro? Piénsalo bien antes de responder.

Seguro.

Pues escucha bien lo que voy a decirte y no lo olvides nunca. Lo que voy a decirte es un secreto entre tú y yo, y por nada del mundo debes contárselo a nadie, por nada del mundo, ¿me oyes?, y menos que nadie a tu padre, que bastante tiene ya el pobre con lo suyo para que encima sufra todavía más por mí.

Y me hizo jurar que no quebrantaría jamás aquel secreto.

Júramelo, me dijo. Di: Que me muera de repente y me vaya de cabeza al infierno para toda la eternidad si le cuento a nadie mi secreto.

Y yo lo juré exactamente así, en solemne posición de firmes, sobrecogido por la emoción de llegar a ser dueño de un secreto de mayores por primera vez en mi vida, vestido con un abrigo azul y aterido de frío, y mirando fijamente a mi madre, que se había inclinado hacia mí para tomarme el juramento, y que tenía una cara anhelante de súplica, como si más que a un hijo se dirigiera a un juez implorando clemencia.

Yo entonces ignoraba que las cosas grandes y decisivas, esas que atribuimos pomposamente al destino o a la necesidad, tienen su origen casi siempre en episodios insignificantes y hasta ridículos, y desde luego casuales, y eso fue lo que nos pasó esa tarde a mi madre y a mí. Esa tarde, como tantas otras, cuando mi madre se disponía a salir de casa (me voy al cine, a un concierto, a una exposición, a una conferencia, a dar un paseo, solía decir, ya lista para traspasar la puerta), mi padre se removió en lo remoto de su mundo y dijo:

Clara, cariño, hace muy mal tiempo, anuncian vientos y nevadas, y pronto empezará a oscurecer. Quizá sea bueno que te acompañe Huguito.

Y yo, que estaba sentado en el salón, castigado a estudiar y es de suponer que perdido en algún vago ensueño, antes de que mi madre tuviese tiempo de decir nada, me levanté y en un instante me puse el abrigo y las botas, pero con las prisas ni mi madre ni yo nos acordamos de la bufanda y de los guantes.

Tomamos un taxi y nos bajamos en un lugar céntrico, no muy lejos de la Plaza Mayor. A partir de ahí, la memoria se pierde en una maraña de calles brillantes de lluvia y

luces de neón. Fue un trayecto absurdo y febril, porque tres, cuatro y hasta cinco veces, pasamos ante la misma tienda de sombreros o ante el mismo monumento ecuestre, ante una castañera que era la viva estampa de todas las generaciones de castañeras que se han sucedido en Madrid desde el principio de los tiempos, embutida en muchos y diversos ropones, junto a las brasas del hornillo, como una deidad protectora del humilde fuego de los pobres y desamparados, bajamos por escaleras que parecían conducir a lóbregas mazmorras medievales, y al rato salimos a una plaza donde brillaban y parpadeaban las luces de colores de la Navidad, pasamos bajo los mismos soportales, atravesamos varias veces la misma glorieta, siempre deprisa, muy deprisa, casi corriendo a veces, sin rumbo, sí, pero con una determinación que no admitía dudas, y eso es lo que le daba a aquella marcha su carácter absurdo.

Era un día de perros, y el viento helado soplaba a rachas erizado de gotitas de lluvia. En el curso de esa caminata, tuve ocasión de seguir en secuencias aisladas, según pasábamos una y otra vez por allí, el breve argumento que protagonizaba un grupo de señoras elegantes sentadas en torno a una mesa de una pastelería-cafetería, los abrigos de piel dejados al descuido en los respaldos de las sillas, y cómo tomaban café con pastas, y cómo humeaban las tazas y los cigarrillos, y reían y mordisqueaban una pasta o daban un sorbo de café y se echaban atrás y volvían a reír, y cómo luego se habían quedado serias y desencantadas, y cómo más tarde habían juntado las cabezas y cuchicheaban apasionadamente, y cómo al final se ponían los abrigos y se esponjaban el pelo, listas para marcharse.

¿Adónde iríamos con aquellas prisas y aquel vicioso deambular hacia ninguna parte? De vez en cuando miraba a mi madre. ¿Qué le ocurría? Aunque estaba ya acostum-

brado a sus abismaciones y hermetismos, aquella tarde tenía una cara que yo no le había visto nunca. Era una cara como de loca o visionaria. Llevaba un abrigo con cuello de piel y unas botitas relucientes de color tabaco, a juego con los guantes. Pero de cualquier forma, loca o no, estaba guapa de verdad. Mi madre era menuda y frágil, y su aire triste y como ausente realzaba su belleza y la convertía sin querer en el centro ideal de todos los espacios. Por decirlo en pocas palabras, mi madre era la mujer más bonita y misteriosa del mundo. De ser eso posible, yo me habría enamorado locamente de ella. Y esto, ya desde niño. Cuando nuestras miradas se encontraban por casualidad y ella me sonreía, yo bajaba los ojos y me mordía los labios para ocultar y reprimir un gesto de pudor. Una vez la vi desnuda al pasar junto a la puerta entornada del baño y a través del espejo empañado. Fue una visión fugaz, pero al entrar en mi cuarto tuve que apoyarme en la pared y acompasar la respiración como si hubiese recorrido una enorme distancia hasta llegar allí. Luego, cuando intenté recuperar la imagen del espejo, me encontré en la memoria un feroz espantajo de ceño fruncido custodiando celosamente la entrada a aquel recuerdo.

Antes, cuando era niño, ella me contaba cuentos, me ponía adivinanzas, me cantaba canciones con una voz que parecía de plata, compartía mis juegos, y todas las noches iba a la cama para besarme y acompañarme hasta el sueño y ahuyentar así, con su presencia, los terrores nocturnos. Había una vitrina empotrada en la pared del pasillo, tan fina y delicada que era imposible cruzar ante ella, por muy tenues que fueran los pasos, sin que los cristales retemblaran un poco. Esa musiquita celestial anunciaba su llegada cuando venía a despedirse de mí. Luego, según fui creciendo, mi madre me recitaba poemas, me enseñaba a solfear,



a tocar el piano, a hablar en francés, me mostraba láminas de pintores famosos, usaba mucho la palabra *belleza*, y yo la miraba y veía la belleza en ella, solo en ella, y lo demás en general me parecía aburrido y vulgar. Y cada poco tiempo, mi madre interrumpía sus lecciones y me decía: No me estás escuchando, ya te has distraído otra vez, porque ese era mi problema, que no conseguía concentrarme en las cosas. Lo intentaba, sí, pero al rato la mente se me llenaba de formas y sonidos caprichosos, nubes de tormenta evolucionando vertiginosamente sobre el mar, la lucha entre un escorpión y unos alicates, el mugido de un cuerno vikingo sonando entre la niebla.

Al principio, yo me esforzaba por quitarme de encima esos monstruos, expulsarlos de mi cabeza, pero luego empecé a pensar que por qué iba a echarlos de allí, que qué tenían de malo, y me ponía a mirar a los demás, tan dóciles y atentos, y me decía: Quizá yo no soy como ellos, quizá yo soy distinto, único, y quizá esas invenciones que me invaden son señales que me manda el destino, anuncios de cualidades innatas que hay en mí y que están ahí, esperando a salir a la luz. Y no sé en qué momento empecé a convencerme de que dentro de mí había todo un mundo por descubrir, de que en efecto yo era único, un genio en ciernes, y de que el destino tenía reservado algo bueno y especial para mí, y esta creencia la sigo sustentando hoy, tantos años después. Es verdad que la vida no me ha dado apenas ocasión de demostrar mi valía, y que mis cualidades innatas todavía no han salido a la luz, y que quizá al final toda mi genialidad se quede en nada, pero yo por ahora me reafirmo en lo mío.

Del colegio, lo que recuerdo en este momento con más fuerza es a un profesor que nos daba clase de matemáticas. Se llamaba Juan de Dios y tenía mucha carne en la cara. Parecía ciego. Y este profesor nos calificaba con unas pie-

drecitas de río que conseguía en su aldea natal, y que eran imposibles de falsificar. Cada vez que preguntaba la lección, si el alumno la sabía le daba una piedrecita o dos, y si no se las quitaba de las que ya tenía, de modo que quien a final de curso tuviera cinco o más piedrecitas, aprobaba, y si no suspendía. Este era su método. Yo llegué a tener cuatro allá para marzo, y entonces me ocurrió que la esperanza de conseguir la quinta era contrarrestada por el miedo a perder una y quedarme con tres, donde ya no había esperanza de llegar a cinco. Era como caminar por el filo de un abismo. El profesor decía: A ver, ¿quién quiere salir voluntario? Los que tenían muchas piedras, o solo cinco, no querían arriesgarse a perder alguna, y los que teníamos cuatro, indecisos entre el miedo y la esperanza, tampoco nos atrevíamos a salir. Ahora bien, los que tenían una o dos, o ninguna, como tenían poco que perder, esos siempre salían, pero como resulta que eran los más torpes o los menos estudiosos, casi nunca se sabían la lección ni sabían resolver el problema que el profesor escribía en la pizarra, y por tanto la clase se iba en balbuceos, reprimendas, silencios dramáticos y poco más. Luego el profesor le reclamaba una piedrecita, o si no la tenía se la apuntaba al debe, y pedía otro voluntario, y así pasaba el tiempo, y al final el problema se quedaba en la pizarra sin resolver, y la lección sin explicar. Recuerdo que a veces en el recreo, o a la salida del colegio, hacíamos un corro y cada cual sacaba y contaba y enseñaba sus piedrecitas, como los mendigos las pocas monedas que han conseguido recaudar.

Pero tanto en esa como en todas las clases, yo enseguida perdía el hilo de las exposiciones, me distraía con cualquier cosa, me adormecía, me perdía en mis ensueños. ¡Y qué lío de cuadernos y de apuntes confusos y atrasados tenía siempre! Todo lleno de tachones y de frases sin rematar. Nunca

me enteraba de nada, ni de los deberes de cada día, ni de la materia que entraba en los exámenes, ni de los trabajos que había que presentar. Y por más que mi madre me ayudaba en los deberes, me explicaba las cosas despacito, me prometía regalos y me amenazaba con castigos, no había manera de que yo me reconciliara con la disciplina, con el colegio, con las cosas bellas que hay en este mundo. Y no obstante pensaba: Si yo me pusiera a estudiar, seguro que sería el número uno del colegio, y lo mismo si me pusiera a tocar el piano o a hacer versos. Pero a mí no me interesaban esas cosas, yo estaba llamado a otro tipo de tareas, de misiones, aún no sabía cuáles, y entretanto lo que me gustaba era abandonarme a mi mundo impreciso, lleno de incitaciones y de vagas promesas.

Quizá por eso, de ser cariñosa y alegre, con los años mi madre empezó a distanciarse de mí y a refugiarse en su propio mundo, a vivir en intimidad consigo misma, a salir a veces por las tardes a exposiciones, charlas y conciertos, y si no salía, se pasaba las horas leyendo novelas, escuchando música con los cascos, y por las noches el temblorcito de la vitrina ya casi nunca anunciaba sus pasos leves cuando venía a despedirse de mí. Y como por entonces empezó a sufrir de migrañas, a veces se echaba en la cama, en la penumbra de su cuarto, y allí se quedaba adormecida durante mucho tiempo. El cuarto de mi madre tenía una mesa, una chaise longue, una pequeña cama, unas estanterías con sus libros predilectos y, alineados en los bordes, una colección de animalitos de cristal. Frágiles criaturas transparentes, reales o quiméricas, que ella acrecentaba y cuidaba desde la infancia, todas distintas y llenas de juegos y reflejos de luz. Así era ella, como esos seres ideales que apenas necesitan de la materia para ser y existir. Una vez la sorprendí llorando. Estaba sentada en su cama y lloraba muy bajito, incli-

nada sobre las rodillas y enjugándose los ojos con el pico de un pañuelo que apretaba y amasaba nerviosamente entre los dedos. Como cuando la vi desnuda, corrí a esconderme, porque quizá lloraba por mí, por mi pereza y mi desidia, y también a mí me entraron ganas de llorar. Total que, entre unas cosas y otras, se fue volviendo triste, desapegada, ausente, y cada vez más silenciosa, como un arca cerrada, aunque seguía siendo tan dulce y tan bonita como siempre.

Pero ahora, mientras caminábamos por aquel laberinto de calles, su rostro miraba fijamente al frente con una expresión pasmada de sonámbula. En un momento dado, nos alejamos a toda prisa de aquel barrio, como si huyéramos de una catástrofe, en dirección al Manzanares, pero a medio camino ella empezó a aminorar el paso, más y más, hasta que al fin se detuvo del todo y me miró con una leve sonrisa, o más bien con una idea repentina, que le iluminó toda la cara. Entonces comenzamos a andar muy deprisa en dirección contraria y regresamos por donde habíamos venido hasta llegar al lugar en que estábamos ahora, parados justo ante la cafetería-pastelería, ella inclinada hacia mí y yo erguido ante ella, diciendo mi juramento y mirándola sin pestañear, su boca grande, de labios soñadores e intensos, labios perezosos para sonreír, su melena rubia recogida con cuidado desorden y al que el viento le había añadido un toque alocado de espontaneidad. Poco que ver conmigo, desde luego, que era más bien bajito, flacucho, ni guapo ni feo, el pelo lacio y los ojos chicos y apagados. ¿A quién habría salido yo con esa facha?

Y recuerda una cosa. Si tu padre se entera de lo que voy a decirte, tú serás el culpable de lo que le pueda ocurrir. Júramelo otra vez.

Y yo volví a jurar que jamás le revelaría a nadie mi secreto.

Porque mi padre, que era unos veinte años más viejo que mi madre, andaba mal del corazón, y cualquier movimiento le exigía mucho esfuerzo, y a pesar de eso trabajaba a todas horas, también de noche, porque las preocupaciones, y su carácter estricto y concienzudo, no lo dejaban sosegar ni dormir. Era administrador de fincas urbanas. Administraba muchas, quince o veinte, dispersas por todo Madrid, él solo, sin ningún ayudante, porque no se fiaba de nadie. Seguía haciendo su oficio como se había hecho siempre, con una máquina de escribir como única concesión a la modernidad. Y tampoco permitía que lo ayudara mi madre, en parte para evitarle cualquier molestia, y en parte porque su miedo a cometer un error, por pequeño que fuese, era obsesivo, y acaso tampoco se fiaba de ella. Revisaba mil veces los papeles, y aun así nunca quedaba del todo contento, siempre pesaroso de haberse equivocado en algo. Quizá también por eso, cuando descansaba al fin de los papeles, los guardaba todos bajo llave, en una caja fuerte a la que solo él tenía acceso y donde yo pensaba que debía de haber cosas maravillosas, y era allí donde situaba en mi imaginación los tesoros escondidos que aparecían casi siempre en las películas y en los cuentos.

Mi padre era gordo, muy gordo, desmesuradamente gordo, y daba pena verlo cada mañana salir de casa bien temprano con su cartera repleta de documentos y alejarse con su lento y esforzado bamboleo para recorrer todas las fincas y entrevistarse con los porteros, con los presidentes de las comunidades, con los vecinos, ocuparse de las averías y del mantenimiento, discutir presupuestos, despachar con abogados y jefes de obras, cobrar las mensualidades de los arrendatarios, bregar con los morosos, asistir a juntas de vecinos, arbitrar conflictos, y qué sé yo qué más. Y a pesar de aquellas jornadas agotadoras, de noche se quedaba des-

pierto hasta muy tarde con los papeles de la contabilidad, toda la mesa llena de pilas de cuadernos, ficheros, escrituras, albaranes, recibos, tantos y tantos que tenía que dejar algunos en el suelo, aunque al alcance de la mano, y cada vez que se agachaba para rebuscar entre ellos, resoplaba agobiado, tanto por la responsabilidad como por la gordura, y siempre redactando contratos y convocatorias, y estudiando la letra pequeña de las leyes urbanísticas y de las ordenanzas municipales, y así horas y horas, de forma que a veces se quedaba dormido en el sillón, con algún escrito en la mano o con el índice señalando insomne la línea que estaba leyendo en el instante en que lo venció el sueño, pero aun así seguía trajinando y dándole vueltas a algún asunto porque a veces hablaba en alto, aunque sin levantar la voz. Decía cosas absurdas, esos bomberos van fuera de los plazos legales, ya se oyen las trompetas de las derramas, mirad al ángel que anuncia la hipoteca, cosas así. Por si fuera poco, tenía que estar localizable y disponible las veinticuatro horas del día para atender las emergencias. Pero él era incansable y vivía entregado a lo suyo como a una segunda religión.

Porque mi padre era muy religioso. Se confesaba y comulgaba todos los domingos, y para descansar del trabajo solía leer algún pasaje de la Biblia, y luego cerraba los ojos, los ponía en el cielo y meditaba sobre él. ¡Oh mundo prodigioso!, solía susurrar durante aquellos trances. Desde que tuve uso de razón, él me daba claros consejos evangélicos: Respetar a tus padres, no hurtar, no codiciar los bienes ajenos, sé bueno y misericordioso, sé casto, no blasfemes ni pronuncies el nombre de Dios en vano. Y muy a menudo decía en un tono trágico y desmayado: Dios todo lo ve. Dios todo lo ve, decía a veces en sueños con voz acongojada de ultratumba. No solo bendecía la mesa antes de

comer sino que cuando me daba un beso de despedida por las noches, me miraba de tal forma que parecía bendecirme con la mirada. Aunque su trabajo no le permitía ocuparse de mí, a veces me llamaba a su despacho, me ponía en sus rodillas y me contaba episodios bíblicos, parábolas y vidas de santos. Y al final siempre me decía: Y recuerda, Huguito, Dios todo lo ve.

Al principio, sin embargo, mi padre no era gordo sino más bien robusto, tipo John Wayne, y no trabajaba tanto como ahora. Es más, a veces incluso íbamos los tres juntos al cine, al circo, al zoo, a pasear, a merendar, o bien jugábamos en casa al trivial o al parchís, y en verano íbamos unos días de vacaciones a la montaña o a la playa. Una vez, en Navidad, mi madre tocó un villancico en el piano, y los tres lo cantamos a coro, mi padre y mi madre a dos voces, mirándose enternecidos, los ojos empañados de lágrimas. Aquel sí que fue un momento feliz, y ojalá que la vida se hubiese detenido y eternizado allí, como el insecto en su gota de ámbar.

Pero luego empezó a adquirir nuevos compromisos, y a ampliar el negocio, y ahí fue cuando de verdad empezamos a prosperar. Al principio vivíamos de alquiler en un piso pequeño y oscuro, del que yo apenas recuerdo nada, pero luego nos mudamos a otro mucho mejor y en propiedad, grande y luminoso, muy bien amueblado, con un salón enorme y habitaciones propias para todos, en una calle tranquila cerca de Cuatro Caminos. Una mujer venía a diario a limpiar la casa y a hacer la comida. Y entonces, en ese proceso de mejora, del mismo modo que mi madre sufrió una especie de metamorfosis, también él empezó a engordar y a engordar, a pesar de que no comía demasiado, a perder pelo, a encanecer, a cargarse de espaldas, y a no salir de casa más que para ir a trabajar, sin concederse jamás un descan-

so salvo para cuidar y adorar a mi madre, a la que más que amor le tenía auténtica veneración, como si también ella fuese una extensión de su fe religiosa. Cuando regresaba de sus expediciones laborales, siempre le traía a mi madre algún regalo, un libro, una música, unas flores, una miniatura de cristal, que ella recibía emocionada, al borde de las lágrimas. A veces veían juntos la televisión o escuchaban música con las manos entrelazadas —signo de un amor que tanto podía ser adolescente como crepuscular—, pero solo un rato, porque a él enseguida le entraba el ansia de volver al trabajo, y ella entonces se ponía mimosa: Un ratito más, Hugo, solo un ratito más, y se refugiaba en sus brazos, ella tan viva y tan menuda, él tan lento y enorme. La trataba como a un objeto valiosísimo y sumamente frágil al que acecharan multitud de peligros, cuidado con las espinas del pescado, cuidado con las corrientes de aire, con las aristas, con las agujas de coser, con el suelo del baño. Él velaba su sueño, sus migrañas, le hablaba en susurros, ya está, ya está, le decía en el tono que se usa con los niños cuando la asaltaba alguna pesadilla, algún mal presagio. Ah, querido, decía ella con voz desfallecida, y él le componía el pelo, le refrescaba el embozo de la sábana, la besaba en la frente, le decía que tenía que tocar más el piano, que sus manos, y toda ella, estaban hechas para la música, eran pura música, y engolaba la voz para divertirla con un alarde de solfeo.

Y también ella, cuando él trabajaba en lo suyo, entraba y se acercaba con gran sigilo y le acariciaba la cabeza y le hacía cosquillas en los costillares. ¿Por qué no lo dejas ya?, ¿por qué no descansas?, le decía. Y él, ya enseguida acabo, y se quedaban allí quietos, no sé si tristes o felices pero en cualquier caso resignados, porque de sobra sabían que él no acabaría nunca su trabajo, y que ninguno de los dos, ni los dos juntos, podían hacer nada para poner fin a aquella



maldición. Por las mañanas, mi madre le daba un toque de perfección a la corbata y al peinado, le remetía la camisa, le alisaba con los dedos húmedos las cejas. No te agobies demasiado, párate a descansar, no camines deprisa, no vengas tarde, le decía ya en la puerta. Y luego se asomaba al balcón para ver cómo se alejaba con su cartera abultada de papeles y su dificultoso bamboleo, dando bandazos de lado a lado de la acera.

Cuando alguna vez lo veía por la calle, es verdad que yo me escabullía, o me hacía el distraído, para evitar encontrarme con él. Yo sabía que muchos en el barrio se reían de su figura extravagante, y que le llamaban el Bulto, y una vez, una panda de alumnos mayores del colegio, y otros del barrio, que se habían hecho fuertes en una esquina, dijeron al verme pasar, bien alto, para que yo lo oyera: Mira, ahí va el hijo del Bulto, y se echaron a reír y a hacer mímica de la gordura.

A mí me hubiera gustado desafiarlos con la mirada y detenerme ante ellos sustentando la apuesta, pero no tuve valor para tanto sino que bajé la cabeza y apreté el paso, y en cuanto desaparecí, las calles por las que transitaba ya no eran las del barrio sino las de los bajos fondos de mi alma. ¿Y a mi madre, qué le dirían? ¿Ahí va la mujer del Bulto, y soltarían de paso alguna obscenidad? Y también en ese caso hubiera pasado de largo, porque yo era un cobarde, bien a la vista estaba, y era indigno de la imagen que tenía de mí mismo. Sentí cólera y ansias justicieras, y una rabia que me dolía físicamente de tan furiosa como era. Y como esa burla se repitió varias veces, yo daba un rodeo por calles apartadas para no tener que pasar ante ellos.

Y es curioso, porque yo hubiera deseado por encima de todo salir en defensa del honor de mi padre, pero a la vez sentía un vago rencor hacia él. El Bulto, me decía a mí mis-

mo cuando lo veía comer o trabajar. Odiaba a aquella panda de matones, pero también secretamente repudiaba a mi padre, y aquella doble enemistad agravaba aún más mi carácter, ya de por sí viciado y solitario. Pero también es verdad que él era cariñoso y benévolo conmigo. Me daba buenos consejos, se interesaba por mis estudios, me reñía con suavidad, me regalaba libros y tebeos, y los domingos me daba una moneda nueva, reluciente, sin estrenar, al tiempo que me guiñaba un ojo: Diviértete, me decía, pero recuerda que Dios todo lo ve. Y además trabajaba mucho, y su salud no era nada buena, y quizá por eso había puesto tanto empeño mi madre en que él no llegara a saber nada del secreto, porque bastante tenía ya el pobre con lo suyo como para añadirle un nuevo sufrimiento, que acaso acabara por quebrantar del todo su salud.